

mismo título y el mismo disimulo que con Roland, demostrando en ella la misma aplicacion en llenar su deber é igual aptitud para los pormenores. Al retirarse Servan, Roland habia propuesto á Pache para la Guerra en el consejo de los ministros. Los girondinos, que bajo la palabra de Roland veian en Pache un amigo decidido de su fortuna y de su causa, le aceptaron con confianza, creyendo que de ese modo el espíritu de Roland animaria los dos ministerios; pero apenas Pache se vió instalado en el consejo, sacudió como un recuerdo importuno, toda dependencia como todo reconocimiento hacia su antiguo patrono, y principió á urdir en secreto y bien pronto abiertamente con los jacobinos, las tramas que debian hacer caer á Roland del poder, y conducir á su muger al cadalso. Pache dió á los jacobinos por prenda la administracion del ministerio de la Guerra, que confió á sus favoritos. Vicent y Hassenfratz dominaron allí en su nombre; el uno, jóven franciscano, discipulo y émulo de Marat, y el otro, patriota de Metz, refugiado en Paris. Pache, unicamente ocupado en estender su popularidad, hizo de sus oficinas otros tantos clubs, donde se veia el trage, las costumbres y el language de la mas desenfrenada demagogia. El gorro encarnado y la carmañola, reemplazaban al uniforme; las hijas de Pache, apareciendo en las fiestas cívicas, hacian gala en todas partes de la exageracion de su patriotismo. Este ministerio no podia servir las miras de Dumouriez, á quien se acusaba de ser el hombre de guerra de los girondinos: el nombramiento de Pache le aterró, y comprendió vagamente desde entonces, que bien pronto se veria reducido por la enemistad de los jacobinos á la alternativa de humillarse ante ellos ó de hacerles temblar delante de él.

XXVI.

Así que llegó á Valenciennes, Dumouriez redactó su plan de invasion en Bélgica, y envió á cada uno de los generales que estaban á sus órdenes, la parte de cuya ejecucion les encargaba, y cuyo conjunto él solo conocia, dirigiendo los movimientos combinados. Sus fuerzas ascendian á ochenta mil combatientes; el entusiasmo que habia conducido sus batallones á la frontera, se aumentaba aun con la esperanza de una conquista hecha en nombre de la república: tenian en su general en gefe aquella confianza que el héroe de Valmy y el libertador de la Champaña inspiraba á los soldados. En donde estaba Dumouriez, allí estaban para ellos las leyes y la patria. Algo de dictatorial se revelaba en su fisonomia, en sus palabras y en sus órdenes del día que daba al ejército. Parecia le importaban muy poco los comisarios, los decretos de la Convencion, las miras del ministro de la Guerra y llevar el gobierno consigo.

Mandaba en Bélgica por los austriacos el duque Alberto de Sajonia-Teschen, á quien el emperador y la Prusia habian dejado en un aislamiento que comprometia por aquella parte la seguridad de la Bélgica. Las fuerzas diseminadas del duque de Sajonia-Teschen apenas llegaban á treinta mil combatientes, de los que cuatro mil eran emigrados franceses, por la parte de Namur, al mando del duque de Borbon, hijo del principe de Condé. Sus tenientes cubrian con fuertes destacamentos toda la frontera belga. El duque de Sajonia-Teschen, colocado en el centro de aquellas fuerzas diseminadas, pronto á avanzar ó á plegarlas sobre sí, ocupaba á Bruselas con una débil guarnicion.

Si hubiese tenido entonces Dumouriez el genio innovador de la guerra, que multiplica la fuerza de los ejércitos concentrándolos, hubiera podido combatir cada uno de aquellos cuerpos aislados de los austriacos con toda la masa de sus tropas, y avanzando despues en una sola columna al centro de la Bélgica, cortar los otros cuerpos, mutilarlos ó disolverlos con su presencia. La poca confianza que el general tenia aun en sus batallones de voluntarios, y sobre todo, la falta de material, de carros y de viveres, á lo que no podia suplir con requisas militares, le impidieron ejecutar aquella inspiracion. La rutina de las antiguas guerras embarazaba aun el instinto de los mas grandes generales. Dumouriez dividió su ejército en cuatro cuerpos, imitando al duque de Sajonia-Teschen. El general Valence, su brazo derecho y su discipulo predilecto, mandaba el ejército de los Ardennes, que venia tambien de Valmy para oponerse á Clairfayt. Valence recibió la orden de ir sobre Namur, para impedir, si aun era tiempo, la reunion de Clairfayt al ejército de Bélgica junto á los muros de Mons; pero era demasiado tarde. Las primeras columnas de Clairfayt ya habian entrado en Mons; el segundo cuerpo de doce mil hombres, al mando del general d'Harville amenazaba á Charleroi; el tercero, á las órdenes del general La Bourdonnaye, que mandaba el ejército del Norte propiamente dicho, compuesto de diez y ocho mil hombres, debia adelantarse sobre Tournay. En fin, Dumouriez, á la cabeza de dos cuerpos que formaban el centro de aquel ejército con la fuerza de treinta y cinco mil hombres, debia marchar sobre Mons y dar un golpe decisivo al ejército reunido de Clairfayt y del duque de Sajonia-Teschen, dividir aquel ejército en dos y marchar por aquella brecha

sobre Bruselas, insurreccionando á derecha é izquierda las provincias belgas, y sirviendo de vanguardia á los tres cuerpos de Valence, de d'Harville y de La Bourdonnaye. Se habian redactado por Dumouriez mismo proclamas en estilo revolucionario moderado, llamando la Bélgica á la independencia y á propósito para hacer fermentar en aquellas provincias el antiguo germen de su revolucion. Estas proclamas, obras maestras de habilidad, recordaban la prudencia del diplomático, la mano del revolucionario, y la espada del guerrero. Dumouriez se presentaba allí menos como conquistador que como libertador; los franceses hablaban á los pueblos como hermanos que venian á ayudarlos contra sus opresores; era el verdadero espíritu de la revolucion hablando por boca de su primer general. Si hubiese hablado y obrado en el sentido de Dumouriez, su propaganda, pacífica para las nacionalidades y solo amenazadora para las dominaciones que las oprimian, hubiera combatido por ella mas que sus ejércitos. Algunos patriotas belgas, impacientes por emancipar su pais del yugo austriaco, habian pasado la frontera al acercarse, y al oír la voz del general francés se habian formado en batallones de voluntarios, que Dumouriez llevaba consigo. Eran el combustible con que este tenia esperanza de encender la llama del patriotismo y de la insurreccion, como precursora de su marcha.

Asi concebido y preparado todo este plan de campaña, se cifraba en la primera batalla, empeñada bajo los muros de Mons entre el ejército de Dumouriez, apoyado por el de Valence y sostenido por el de d'Harville por una parte, y el ejército del duque de Sajonia-Teschen y de Clairfayt por otra, acampado, fortificado y teniendo

á la espalda una ciudad importante. Todo marchó desde aquel momento con rapidez y concierto hácia Mons, donde la Bélgica debía de ser conquistada ó perdida. Las miras de Dumouriez, claramente indicadas por la disposición de sus cuerpos y por la marcha de sus columnas, habian sido conocidas por la prevision militar de Clairfayt. Este y el duque de Teschen, reunidos con una masa de treinta mil combatientes delante de Mons, habian tenido tiempo para escoger el terreno, designar el campo de batalla, apoderarse de las alturas, cerrar los desfiladeros, escarpar las pendientes y armar los reductos en los puntos por donde habia posibilidad de acercarse á ellos.

El campo de batalla, que de este modo habian cubierto de almenas y empalizadas, rodeado de barrancos, de canales y de riachuelos como una inmensa plaza fuerte, es una cordillera de colinas con algunas pequeñas desigualdades en los puntos en que se reúnen, y que se estiende á media legua de Mons. Esta línea de alturas está cubierta en su cumbre por un bosque. La villa de Jemmapes, colocada sobre los últimos llanos de aquella colina, la termina por la derecha; á la izquierda se inclina y va descendiendo hácia la villa de Cuesmes. El espacio comprendido entre estas dos villas, de que los austriacos habian hecho dos ciudadelas, forma naturalmente dos ó tres ángulos entrantes, donde se habian colocado baterías para acerbillar con fuegos cruzados, las columnas que intentasen subir la cuesta.

Delante se estiende, como el estanque de un lago sin agua, un llano profundo, estrecho, y cuyas tierras bajas forman recodos y ensenadas entre los picos de las peñas que le rodean. Detrás y sobre todo por el lado de Jemmapes, la colina donde estaba el campamento y los reductos del ejército austriaco, entra en un lagunal entrecortado de canales de desagüe, de charcos de agua estancada, de terreno blando que tiembla al andar por encima, y de

juncos que forman cercas elevadas en las orillas de los fosos, y hacen imposible el acceso á la caballería y á la artillería. Cubierto por detrás por este lagunal y por la ciudad de Mons, flanqueada su ala derecha por la villa de Jemmapes y la izquierda por la de Cuesmes, que toca á los arrabales de aquella gran ciudad cerrada, el ejército austriaco teniendo delante y á sus pies, sus baterías y sus reductos con ciento veinte piezas de artillería, y sus puestos avanzados fortificados en las últimas desigualdades del terreno que se adelantaban en el llano, nada podia temer sobre su línea de retirada y sobre sus flancos, teniendo solo que combatir de frente á los franceses, que avanzasen á descubierto bajo sus fuegos y en un estanque que rodeaba por todas partes. La pericia de los dos generales austriacos habia suplido al número por la formidable posición de su ejército; la elección y la disposición de este campo de batalla indicaban á Dumouriez que habia encontrado en Clairfayt un general digno de competir con él.

XXIX.

El día 5 de noviembre, despues de haber desalojado á los austriacos el 3 y el 4 de algunos puestos avanzados que se adelantaban mucho en el camino y en el llano, Dumouriez se desplegó sobre una inmensa línea convexa, que se apoyaba por la izquierda en el pueblo de Quaregnon, que no habia podido tomar la víspera, y por la derecha en la aldea de Ciplly, al pie de las alturas de Berthamont y del monte Palisel, que dominan un arrabal de Mons. Se colocó en el centro de aquella línea de batalla, á igual distancia de sus dos alas. D'Harville que formaba el extremo de su ala derecha, al pie del monte Palisel, y casi bajo los muros de Mons, tenia orden de permanecer

en observacion, y de aprovecharse del movimiento de retirada y de confusion que produciria el ataque de las tropas francesas al ejército austriaco, para apoderarse del camino de Mons y cerrarle las puertas de aquella ciudad, donde el duque de Sajonia-Teschen y Clairfayt contaban sin duda hallar un refugio. Beurnonville, á quien Dumouriez confió una vanguardia igual en número á un cuerpo de ejército, estaba encargado con lo mejor de sus tropas de entablar la accion, apoderándose y tomando el pueblo y la meseta fortificada de Cuesmes, á la izquierda de los austriacos. Cinco reductos habia en esta temible meseta; toda la línea enemiga entre Cuesmes y Jemmapes, estaba igualmente amurallada con reductos sobrepuestos los unos á los otros, y cuyos fuegos se cruzaban, en caso de necesidad, por lienzos de pared hechos con árboles cortados y entrelazando con ellos las ramas, lo que hacia imposible que la caballeria se acercase, y menos la artilleria, por barrancos que la azada habia ahondado mas, y por casas aspilleradas, desde donde los tiradores del Tirol de certera puntería, podian hacer fuego con tranquilidad y á cubierto y diezmar las filas de nuestras columnas de ataque. Tan solo en el centro, la villa y el bosque de Flence, colocados sobre un terraplen mas ancho y menos rápidamente inclinado, dejaban á la caballeria francesa una garganta por donde podia pasar hasta el pie de la altura. El camino, interceptado sin embargo, por la misma aldea de Flence, estaba ademas obstruido de antemano por los escuadrones elegidos de la caballeria austriaca. El anciano general Ferrand, recuerdo de Lanfelt y de la guerra de los Siete Años, pero que se rejuvenecia con el estruendo del cañon, mandaba el ala izquierda situada poco mas atrás de la línea de batalla á causa de la aldea de Quaregnon, ocupada aun por una fuerte columna austriaca con artilleria, delante de las alturas de Jemmapes.

El duque de Chartres, despues rey de los franceses,

mandaba el centro á vista del general en gefe; era el mas jóven de los tenientes de Dumouriez y el mas favorecido por este general. Hubiera podido decirse que su gefe descaba le iluminase un rayo de gloria para designarle á la Francia, y á un destino que el instinto político de Dumouriez entreveia al través del humo de sus primeros campamentos.

El duque de Chartres debia emprender el movimiento para dar el último asalto por el centro inespugnable de la posicion de los enemigos. Ferrand y Beurnonville debian tomar antes uno de los dos extremos mas accesibles de Jemmapes ó de Cuesmes: una ú otra de estas posiciones era la única puerta por donde el ejército francés podia desembocar en la meseta y acercarse de flanco ó rodear al ejército austriaco.

Dumouriez tomaba estas disposiciones rodeado de su estado mayor, arreglándose al mapa mas bien que por la vista de los puntos. Las cercas, los bosques, los grandes árboles que hay en los limites de los campos y de los caminos en las tierras crasas de la Bélgica, interceptaban todo el horizonte que podia descubrir el general. Los cuerpos diseminados sobre una gran línea, combinan sus movimientos á tientas, por decirlo así, y en una línea de batalla de estension inmensa, donde se combate por el ruido mas que por la vista.

La noche ocultaba aquellos dos ejércitos cuando se distribuyeron estas diferentes órdenes á los tenientes de Dumouriez con todos sus pormenores. Muchos dragones ó húsares con hachas encendidas escoltaron por los caminos y los senderos á los ayudantes de campo y á los generales que volvian á sus vivacs para prepararse á la accion del día siguiente. El ejército durmió formado en batalla, con mochila y sobre las armas; los artilleros al pie de sus cañones; estos enganchados y las bridas de los caballos pendientes del brazo de los ginetes; todo segun lo habia dispuesto Dumouriez. Para empeñar un

combate sobre una línea dilatada, compuesta de tres líneas distintas de batalla y cuyos azares podían prolongar la incertidumbre, el general no quería perder un instante de la luz del alba, en una estación en que los días tan cortos disputan la claridad á los combatientes. Temía además que si no se había decidido la victoria antes de la vuelta de las sombras, el enemigo en retirada se aprovechara de la oscuridad de la noche para volver á entrar en Mons y eludir su persecución.

XXX.

Al rayar el día se encontraba ya sobre las armas el ejército francés en el desigual terreno de la Bélgica; el cielo estaba pardo, encapotado y lluvioso como un cielo de otoño en los climas del Norte. Una niebla fría oscurecía el sol y destilaba en gotas de lluvia de los árboles. Habíanse recolectado las mieses, la tierra estaba desnuda, las hojas habían caído, y ninguna cubierta de frondosidad ó de verdura interceptaba la vista tan lejos como podía estenderse, sobre las negras líneas de los batallones y de los escuadrones que esperaban silenciosos el orden de abandonar sus posiciones.

El aspecto severo, marcial y reflexivo que presentaba el ejército enemigo atrincherado sobre sus alturas; las gorras de pelo de los granaderos húngaros; la capa blanca de la caballería austriaca; el dolman azul celeste de los húsares; la casaca parda de los cazadores tiroleses; la inmovilidad de los cuerpos, colocados mas bien como espectadores, que como autores de un combate sobre las crestas de las mesetas de Jemmapes, como si estuviesen en el glasis de una ciudadela, contrastaban con el aspecto revolucionario y la tumultuosa movilidad del ejército de Dumouriez, como si la providencia de las na-

ciones hubiese querido colocar frente á frente y hacer luchar las dos mayores fuerzas militares: la disciplina y el entusiasmo.

XXXI.

El ejército francés, á escepcion de los generales envejecidos bajo el uniforme, y la caballería, cuyos regimientos se componían de antiguos soldados conservados con esmero en los cuadros, y orgullosos con su instrucción, estaba formado, casi en su totalidad, de voluntarios; los uniformes sencillos solo ofrecían á la vista largas fajas sombrías, mal alineadas por oficiales bisonños, y manifestaban la inesperienza de las maniobras en los soldados. Los zapatos de cuero grueso, los botines de paño negro abotonados hasta mas arriba de la rodilla, que daban mas lijereza á la marcha apoyando y diseñando los músculos de la pierna, un calzón blanco, una casaca, cuyos largos faldones, cortados en figura de ala de pájaro, llegaban á los talones; dos anchas correas de cuero blanco cruzadas en el pecho, y que servían para sostener la cartuchera, y la otra para ceñir el sable en el lado izquierdo; otras dos correas parecidas, pero mas estrechas, que pasaban por encima de los hombros y volvían á pasar inmediatamente debajo del sobaco, que servían para llevar la mochila de piel de cabra del soldado, como una banasta de obrero; las solapas de la casaca de paño encarnado, formando como una gran mancha de sangre sobre el pecho, un collarín bajo para dejar libres los movimientos del cuello; el pelo largo, grasiendo y empolvado, cubriendo como dos copos de melena, ambas orejas, y atado en la nuca con una cinta de hilo negro; y en fin, adornada la cabeza segun los cuerpos, ó con un ligero casco de cuero sólido, coronado con

una corta garzota de erin en forma de escobilla, ó un sombrero con alas levantadas, sobre el que flotaban plumas de gallo: tal era el uniforme del voluntario francés.

Sus armas consistían en un sable corto, un cuchillo de reserva para acometerse cuerpo á cuerpo cuando se rompía la bayoneta, y un largo fusil de un solo cañon á cuya estremidad se colocaba la bayoneta para herir el pecho del enemigo, cuando habia salido el tiro. Casi toda la infantería llevaba este uniforme y armamento. Los cazadores le disminuían algunas veces para estar mas lijeros; los granaderos, estos gigantes de las líneas, aumentaban su elevada estatura con una enorme gorra cubierta de piel negra, cuyo pelo caía por delante sobre una placa de cobre dorada ó plateada. Esta placa contenía en letras de realce el número del regimiento ó del batallon.

Las compañías de zapadores, gastadores ó ingenieros militares, hombres escogidos por su robustez y estatura, llevaban en vez de fusil de bayoneta, un ancha hacha afilada y brillante, con mango corto, apoyada en el hombro, con el corte al aire; arma igualmente á propósito para abrir paso al ejército, que para destrozor miembros en el campo de batalla.

Los artilleros llevaban la casaca mas corta, de colores mas brillantes y mas adornos en el uniforme; las forrajeras de hilo de algodón, color de escarlata, rodeaban el brazo izquierdo; casco plateado en la cabeza y plumero encarnado.

La caballería, compuesta de gendarmes, carabineros, coraceros, dragones, cazadores y húsares, según la estatura de los soldados y la alzada de los caballos, brillaba sobre las alas de cada division. Estos, alimentados con los fuertes pastos del Norte, relinchaban y batían el suelo como deseosos de combates. Los cañones crujendo sobre sus cureñas, seguidos de los furgones enganchados, y rodeados de artilleros con la mecha en la mano, preparándose á servir las piezas, estaban acostados como troncos negros

sobre las carretas de los leñadores. Por todas partes se levantaban las tiendas de los oficiales superiores, que eran las únicas que se habian desplegado aquella noche. Las filas de carruages que llevaban el pan, estaban colocadas á espaldas de los batallones: los fuegos de los vivacs, rodeados de vivanderos y cantineras que distribuían aguardiente á las compañías, se iban apagando, y confundían sus últimas humaredas con las nieblas de la mañana. De tiempo en tiempo el ruido de alguna coreña sobre el pavimento de las anchas calzadas belgas; un sonido de trompetas ó una llamada de los tambores, anunciaba el movimiento de algunos cuerpos que mudaban lentamente de sitio para ir á tomar la posición asignada por la orden del general.

XXXII.

Tal era el aspecto de los terrenos fangosos del llano de Jemmapes, en la mañana de la batalla. En cuanto á las disposiciones del ejército podíanse leer fácilmente en el rostro de los voluntarios. No tenían aquel semblante intrépido y grave, aquella actitud inmóvil y marcial de un ejército consumado en las maniobras y en la disciplina, que da á los movimientos y á las fisonomías la uniformidad maquinal del mismo ademan y de la misma expresión. El orden se conservaba poco; el traje y las armas se llevaban con desigualdad; el silencio se interrumpía con frecuencia; se trataba con familiaridad á los gefes, y muchas veces se les faltaba al respeto por réplicas y burlas soldadescas. La edad, los modales, la fisonomía, y el lenguaje de aquellos voluntarios, eran diferentes; algunos eran adolescentes, apenas capaces de llevar el peso de treinta libras con que estaba cargado cada soldado sobre las armas; otros tocaban á la vejez y tenían el bigote blanco de los veteranos; el mayor número estaba entre las

dos edades de veinte y cuarenta años. En lo delicado ó en lo tosco de las manos; en lo blanco ó en lo moreno del cutis; en la elegancia ó pesadez de los miembros, se veía que estos batallones no habian sido reclutados en la misma clase del pueblo, sino que todas las edades, todas las condiciones y todas las profesiones se hallaban allí confundidas y mezcladas; el hombre ocioso al lado del trabajador, el hijo del particular de las ciudades, al lado del labrador; el rico al lado del pobre, y el noble al del plebeyo. Las fisonomías, tan diferentes como los hombres, solo se parecían en la uniformidad del valor; se conocía que no estaban allí como máquinas que la ley de la disciplina y del reclutamiento afilia; y forma en empalizadas vivas delante del enemigo, sino que habian corrido movidos por impulso espontáneo, repentino y voluntario; que la causa en cuya defensa marchaban, sufrían el hambre y el frío, era su causa personal; y que en esta lucha de un pueblo contra la Europa, era la victoria de su patriotismo y de sus ideas lo que cada uno de ellos quería conseguir.

Advertiase además en los rostros una movilidad inquieta, curiosa y agitada que indicaba que aquellas tropas eran bisonías para el fuego, y poco acostumbradas al ruido del cañon. Atentas á la escena, esperaban la batalla como un espectáculo, lo mismo que como un combate. Esta extrema sensibilidad de los rostros y del alma en los batallones, inquietaba y aseguraba á la vez á los gefes; podia, según las impresiones de aquellos hombres demasiado apasionados para permanecer con sangre fría, convertirse al empezar el fuego, en un terror pánico ó en entusiasmo, y hacer de ellos masas de fugitivos ó batallones de héroes.

XXXIII.

Dumouriez solo habia descansado algunas horas con un sueño interrumpido por las relaciones de los ordenan-

zas, sobre un haz de paja estendido en su tienda. Recorría ya el frente de las líneas, rodeado de un grupo de su estado mayor particular. Thuvenot, su gefe de estado mayor en realidad, oficial que apreciaba mas que á todos los otros, porque habia sido el primero que en Sedan habia comprendido y servido su gran pensamiento del Argonne; el duque de Chartres, á quien mostraba á sus soldados para acostumar la república á la vista de un príncipe; el jóven duque de Montpensier, casi niño, hijo segundo del duque de Orleans, ayudante de campo de su hermano en Jemmapes, su valor precoz, su aspecto melancólico, y su apasionada amistad por su hermano, atraían las miradas y conmovían el corazón de los soldados: Moreton de Chabrillan, gefe de estado mayor honorario, valiente, pero turbulento y celoso; el jóven Bautista Renard, que el general habia agregado á su servicio, siendo aun niño, y que desde la condicion de criado se habia elevado hasta la abnegación por su señor; y en fin, un grupo á caballo de cuatro oficiales de distintas edades, entre los que se notaban dos rostros femeninos. Su modestia, su color sonrosado y su gracia contrastaban, bajo el traje de oficiales de ordenanza, con las fisonomías varoniles de los guerreros que los rodeaban. Eran el capitán de guías de Dumouriez, Mr. de Fernig, habitante de la Flandes francesa; su hijo, teniente en el regimiento de Auxerroix, y sus dos hijas, á quienes la ternura por su padre, y su pasión por la patria, habian arrancado al abrigo de su sexo y de su edad, y llevado á los campamentos. El amor filial no les habia dejado otro asilo.

XXXIV.

Habian nacido en la aldea de Mortagne, en la frontera de la Francia, limitrofe de la Bélgica. He aquí cómo les fué revelada su vocación.

En aquellos primeros tiempos de la guerra, los departamentos fronterizos se levantaban por sí mismos para cubrir el país. La Francia solo era un campamento, de que ellos se consideraban como los puntos avanzados. Además de los batallones que enviaban á Dumouriez, muchas compañías de voluntarios formadas de hombres casados, de viejos y de jóvenes casi niños, sin mas ley que la salvación pública, sin otra organizacion que el patriotismo, sin otros gefes que los mas valientes, salian de las ciudades, de las villas y de las aldeas, sorprendian los destacamentos enemigos, rechazaban la invasion de los puntos avanzados, y combatian contra los hulanos lijeros de Clairfayt. Hasta mugeres acompañaban á sus maridos en estas rápidas expediciones, y las hijas á sus padres; todas las edades y todos los sexos querian pagar su tributo de entusiasmo y de sangre á la patria y á la libertad; las mas piadosas y las mas decididas de todas estas heroínas, fueron dos jóvenes, célebres despues en los fastos de nuestros primeros combates; una se llamaba Teófila y la otra Felicidad.

Mr. de Fernig, antiguo oficial, retirado en la villa de Mortagne, en lo último de la frontera del departamento del Norte, era padre de una numerosa familia; sus hijos servian, uno en el ejército de los Pirineos, y el otro en el del Rhin. Sus cuatro hijas, á quienes la muerte había arrebatado la madre, vivian con él. Dos de ellas eran aun niñas, y las dos mayores apenas llegaban á la edad de la adolescencia. Su padre, que mandaba la guardia nacional de Mortagne, había animado con su ardor militar á los paisanos del canton, haciendo un campamento de todo el país: fogueaba á los habitantes con escaramuzas continuas contra los húsares enemigos, que pasaban muchas veces la línea de la frontera para ir á insultar, saquear ó incendiar la comarca. Pocas noches había en que no dirigiese en persona aquellas patrullas cívicas y expediciones, lo que hacia que sus hijas temblasen por su vida.

Las dos mayores, Teófila y Felicidad, mas conmovidas aun por los peligros que corria su padre, que por los de la patria, se confiaron mutuamente sus inquietudes, y sintieron nacer á la vez en su corazon el mismo pensamiento: resolvieron armarse tambien, mezclarse sin que lo supiera Mr. de Fernig en las filas de los cultivadores de que él había hecho soldados; combatir con ellos, velar particularmente sobre su padre, y arrojarse entre la muerte y él si le amenazaban de cerca los soldados enemigos.

Ocultaron esta resolucion en su alma, revelándola solo á algunos habitantes de la villa, cuya complicidad les era necesaria para que no lo supiera su padre. Se vistieron de hombres con los trages que sus hermanos habían dejado en casa, al marchar al ejército, se armaron con sus escopétas, y siguiendo muchas noches la pequeña columna guiada por Mr. de Fernig, se batieron con los merodeadores austriacos, se ejercitaron en las marchas, en los combates y la muerte, y electrizaron con su ejemplo á los valientes paisanos de la aldea. Su secreto se guardó fielmente mucho tiempo; Mr. de Fernig al entrar por la mañana en su casa, y contando á la mesa las aventuras, los peligros y las ventajas de la noche á sus hijas, no sospechaba que ellas habían combatido en primera fila con sus tiradores, y preservado algunas veces su propia vida.

Beurnonville, que mandaba el campamento de Saint-Amand, á poca distancia de la frontera, oyó hablar del heroismo de los voluntarios de Mortagne, montó á caballo á la cabeza de un fuerte destacamento de caballería y fué á limpiar el país de aquellos forrageadores de Clairfayt. Acercándose á Mortagne al amanecer, encontró la columna de Mr. Fernig, que entraba en el pueblo despues de una noche de fatiga y de combate, en que no había cesado el fuego sobre toda la línea, y en que Mr. Fernig había sido libertado por sus hijas, de las manos de un grupo de húsares que le llevaba prisionero. La co-

lumna fatigada, conduciendo muchos de sus heridos y cinco prisioneros, cantaba la Marsellesa al son de un solo tambor, acibillado á balazos. Beurnonville detuvo á Mr. de Fernig, le dió las gracias en nombre de la Francia, y para honrar el valor y el patriotismo de sus paisanos quiso pasarles revista con todos los honores de la guerra. Apenas empezaba á rayar el día, aquellos valientes se alinearon bajo los árboles, ufanos al verse tratados como soldados por el general francés. Pero apeándose y pasando por el frente de aquella tropa, Beurnonville creyó percibir que dos de los mas jóvenes voluntarios, ocultos detrás de las filas, evitaban sus miradas y pasaban furtivamente de un grupo á otro para evitar se les acercase. No comprendiendo tanta timidez en hombres que llevaban fusil, suplicó á Mr. de Fernig hiciese acercar aquellos valientes jóvenes. Se abrieron las filas y dejaron á descubierto las dos doncellas; pero sus trages de hombre, sus rostros ennegrecidos con el humo de los tiros disparados durante el combate, y sus labios ennegrecidos por los cartuchos que habían roto con los dientes, las hacían desconocidas á los ojos de su mismo padre. Mr. de Fernig se sorprendió de no conocer aquellos dos combatientes de su pequeño ejército. «¿Quiénes sois? les preguntó con tono severo.» Al oír esto, un sordo murmullo acompañado de sonrisas generales, recorrió todas las filas. Teófila y Felicidad, viendo descubierto su secreto, se pusieron de rodillas, se avergonzaron, lloraron, sollozaron é imploraron, abrazando las piernas de su padre, el perdón de su piadoso engaño. Mr. Fernig abrazó á sus hijas llorando también, y las presentó á Beurnonville, que describió aquella escena en su oficio á la Convención. Esta citó los nombres de aquellas dos jóvenes á la Francia, y las envió caballos y armas de honor en nombre de la patria. Ya las volveremos á encontrar en Jemmapes, combatiendo, triunfando y salvando á los heridos enemigos despues de haberlos vencido. El Taso no

ha inventado en *Clorinda*, mas heroísmo, nada mas maravilloso, ni mas amor que el que admiró la republica en el disfraz filial, en las hazañas y el destino de aquellas dos heroínas de la libertad.

XXV.

Dumouriez, cuando fué á mandar en Flandes la primera vez, las presentó á la admiración de sus soldados en el campamento de Maulde. Su casa, cuando ocurrieron los primeros reveses, designada á la venganza de los austriacos, fué quemada, y Mr. Fernig no tuvo ya mas patria que el ejército. Dumouriez llevó consigo al padre, al hijo, y á las dos hijas á la campaña del Argonne; dió al padre y al hijo grados en el estado mayor; las jóvenes, siempre entre su padre y su hermano, llevaban el traje y las armas, haciendo las funciones de oficiales de ordenanza. Habían combatido en Valmy, y estaban impacientes por combatir en Jemmapes. La mayor, Felicidad de Fernig, seguía á caballo al duque de Chartres, á quien no quería abandonar durante la acción. La segunda, Teófila, se preparaba para llevar al anciano general Ferrand las órdenes del general en jefe, y para marchar con él al asalto de los reductos del ala izquierda. Dumouriez mostraba aquellas dos encantadoras heroínas á sus soldados, como un modelo de patriotismo y un presagio de la victoria. Su belleza y su juventud recordaban al ejército aquellas apariciones maravillosas de los genios protectores de los pueblos á la cabeza de los ejércitos, el día del combate. La libertad, como la religion, era digna también de tener sus milagros.

Mientras que Dumouriez, despues de haber concluido su inspeccion, decia al pasar á sus soldados aquellas palabras que reasúmen el entusiasmo en un ademan y vienen á ser el santo de la victoria; empezábase el combate en los dos extremos de su larga línea de batalla, por la derecha y por la izquierda. Por esta se lanzó el general Ferrand, cantando la *Marsellesa*, sobre la fortificada villa de Quaregnon, puesto avanzado y que era indispensable tomar antes de poder cercar la derecha de los austríacos ó escalar á Jemmapes. Atento Dumouriez al estruendo del cañon, que tronaba sin mudar de sitio desde hacia mas de una hora por aquel lado, comprendió que Ferrand hallaba allí un obstáculo irresistible en las baterías, que ya la vispera habian hecho retroceder á los batallones belgas. No teniendo ningun movimiento que hacer, ni que vigilar el centro inmóvil, corre al galope hácia Quaregnon para animar con su presencia un ataque que no podia salir mal, sin paralizar todos sus movimientos en el centro y en la derecha. Al acercarse, Ferrand acosado por el fuego que le hacian de las casas y por las balas de cañon de los reductos, que todo lo barrian, parecia como indeciso, y al abrigo de los primeros edificios del pueblo, daba á sus batallones el tiempo de reponerse. Una palabra y un ademan de Dumouriez, señalando á las alturas, reanimaron los batallones dudosos. Envió á su confidente Thuvenot para que le reemplazase en el impulso y la direccion de aquellas columnas; Ferrand y Thuvenot, animados de una generosa emulacion, reforman y mueven de nuevo las columnas, se lanzan á su cabeza sobre el flanco derecho y sobre el izquierdo del pueblo, reciben tres veces la descarga de los reductos, los toman al paso de carga y á la bayoneta, y sostenidos por cuatro batallones

del general Rozieres, que cubren las filas, se apoderan de Quaregnon y del espacio que separa á este pueblo de Jemmapes.

Allí, siguiendo las instrucciones de Dumouriez, dividen sus fuerzas en dos columnas; una, al mando de Rozieres, despliega ocho escuadrones en batalla sobre el camino, mientras el general con ocho batallones de infantería se acerca á Jemmapes por la izquierda: la otra á cuya cabeza marchan Ferrand y Thuvenot, forma el ataque principal en columnas por batallones, y se acerca á Jemmapes por el frente y á la bayoneta para no dar tiempo, descargando y cargando de nuevo las armas, á que los reductos acribillasen á los sitiadores.

Thuvenot, para corresponder al pensamiento de su general y amigo; Ferrand para hacer olvidar su indecisor de la mañana, y hacer mas venerables sus blancos cabellos, con una victoria; hicieron mil veces el sacrificio de sus vidas, conduciendo los granaderos, la infantería de línea y los diezmados voluntarios, de escalon en escalon, sobre las mesetas de Jemmapes. Confundido por una nube de balas de cañon y de obus, que levantaban la tierra de los ribazos bajo sus pies, cayendo de su caballo que murió en el acto, Ferrand, levantado por Thuvenot, se coloca á pie con el sombrero en la mano á la cabeza de los granaderos, coge un fusil y carga á la bayoneta en las calles del pueblo, sufriendo la metralla de los austríacos. Su sangre corre, pero no la siente. Rozieres con sus cuatro batallones amenaza cercar á Jemmapes por la izquierda; los ocho escuadrones que ha colocado en observacion, se lanzan y emprenden al galope la pendiente de la villa, obligando á que cese el fuego en los reductos. Un destacamento de cazadores á caballo se precipita sobre uno de los últimos batallones de granaderos húngaros, que aun luchaba con la columna del centro. La jóven Teófila Fernig, lanzándose con sus cazadores sobre aquel batallon, lo desordena, derriba dos gra-

naderos de dos pistoletazos y hace prisionero al jefe del batallón, que conduce desarmado á presencia de Ferrand.

XXXVII.

Desde entonces, tranquilo ya Dumouriez en cuanto al ataque de la izquierda, donde habia dejado su alma en la persona de Thuvenot, y viendo desde el llano las nubes de humo que rodeaban á Jemmapes, y hacian conocer al esparcirse por los aires, los progresos de los franceses, fijó toda su atención en la derecha. Desprovisto por aquel lado del cuerpo de ejército de los Ardenes y de Valence, su jefe, que aun no habian llegado á la línea, descansaba en Beurnonville, general activo é inspirado por el fuego. Eran las once de la mañana y el día iba trascurriendo. Dumouriez despues de cambiar el caballo en el cuartel general, dió rápidamente algunas órdenes al duque de Chartres, y volvió á marchar á toda brida para ver por sí mismo lo que detenia el ataque de Beurnonville al pie de la meseta de Cuesmes. Al llegar halló las tropas de este general inmóviles como murallas bajo las balas de cañon que llovian sobre ellas; pero sin atreverse á salvar las gradas de fuego que los separaban del llano. Dos de las brigadas de infantería de Beurnonville, sobresalian un poco de los reductos defendidos por los granaderos húngaros. Cien pasos detrás, diez escuadrones de húsares, de dragones y de cazadores franceses, esperaban en vano que la infantería les abriese el espacio cerrado delante de ellos. Estos escuadrones recibian de momento en momento las descargas oblicuas de las piezas de artillería que los flanqueaban y derribaban filas enteras de caballos. Para colmo de desastre, la artillería del general d'Harville, apostada á lo lejos sobre las alturas de Sipy, tomando aquellos escuadrones por

una masa de caballería húngara, les hacia fuego á su espalda. Encima de los reductos una columna de caballería y otra de infantería austriaca, prontas á caer sobre nuestros batallones tan pronto como los rompiesen las balas de cañon, dejaban ver las primeras líneas de bayonetas, y las cabezas y pechos de caballos de los primeros pelotones, detrás y encima del humo de los cañones.

XXXVIII.

Tal era la situación de nuestras columnas de ataque, sobre los llanos de Cuesmes, cuando llegó Dumouriez: pero impaciente al ver un alto, que suspendiendo el entusiasmo de las tropas les daba tiempo para contar los muertos y la tentación de retroceder, el general Dampierre, comandante á las órdenes de Beurnonville, no aguardó que Dumouriez le arrebatase la victoria ó la muerte. Dampierre, en una carga desesperada, conduce con el gesto y la voz el regimiento de Flandes y el batallón de voluntarios cazadores de Paris, gente perdida que lleva al campo de batalla el fanatismo teatral, pero heroico de los jacobinos. Agita con la mano izquierda el penacho tricolor de su sombrero de general, llama con el movimiento de su espada al batallón que está cien pasos detrás, espuesto solo á la metralla de los reductos y al fuego de los húngaros. Parece que la muerte, que tan cerca le esperaba sobre otro campo de batalla, huye de él, y salió sin ser herido. El regimiento de Flandes y el batallón de Paris, tranquilizados al verle en pie, se lanzan al paso de carga, y le alcanzan en medio de los gritos de ¡Viva la república! rompen á la bayoneta los batallones húngaros, y entran detrás de ellos en los dos reductos, cuyas piezas vuelven contra el enemigo. Dumouriez y Beurnonville, guiando por el frente y por la derecha

las otras dos columnas al paso de carga, las hacen entrar en la meseta, despejada ya por Dampierre. Los gritos de victoria y la bandera tricolor plantada sobre el último reducto, anuncian á Dumouriez que Cuesmes es ya suyo, y que es tiempo de atacar un centro cuyas dos alas están en retirada y cuyos flancos pueden ser descubiertos.

Sale á escape para dar la orden á la masa de sus treinta y cinco mil combatientes, de atacar las alturas fortificadas que unen la villa de Cuesmes á la de Jemmapes. Estos numerosos batallones escuchaban inmóviles, con el arma al brazo desde la aurora, las descargas de artillería que se respondían de una ala á la otra. El viento que soplaba del lado de Jemmapes les enviaba con el sonido del bronce los copos de humo y el olor entusiasta de la pólvora. Estaban impacientes por cargar, y murmuraban de la lentitud de su general.

Toda la línea se pone en movimiento á la señal de Dumouriez; forma por batallones en tres compactas y largas columnas; entona simultáneamente la *Marsellesa*, y atraviesa á paso de ataque el llano estrecho que separa las dos alturas. Los ciento veinte cañones y obuses de las baterías austriacas, vomitan sin descanso sus balas y granadas sobre aquellas columnas, que solo responden con el himno de los combates. Los tiros disparados desde mucha elevación, pasan sobre la cabeza de los soldados y solo alcanzan las últimas filas. Dos columnas empiezan á subir las cuestas.

La tercera, que avanzaba por la garganta ancha y obstruida por los árboles del bosque de Flenu, cargada de repente por ocho escuadrones austriacos, se detiene, retrocede y se abriga detrás de las casas del pueblo. Esta indecisión se comunica á las columnas de derecha é izquierda, y las filas se aclaran á cada minuto; las cabezas de las columnas se replegan á retaguardia; los batallones de jóvenes, menos intrépidos para esperar inmóvi-

les que para correr delante de la muerte, principiaban á desunirse y á formarse á la ventura en pelotones confusos, indicio y preludio ordinario de la fuga. Dumouriez, espada en mano, guiaba con la vista, con el ademán y la voz, la cabeza de los primeros batallones de la derecha. Abandonar las tropas elegidas, á quienes entusiasmaba su presencia, en el momento en que llegaban al primer reducto, era llevarlas hácia atrás con él. Envía al joven Bautista Renard á informarse del desorden que percibe; el intrépido Bautista atraviesa á galope el espacio que separa la division de Dumouriez del bosque de Flenu; reúne al pasar la caballería francesa, y la lanza al scorro de la columna rota. Ya otros escuadrones, desembocando en el llano, sembraban la confusion y el terror en lo último de nuestras columnas de ataque. Toda la brigada del general Drouin, cortada y acuchillada, se dispersaba. Clairfayt desde lo mas elevado de su posición, de donde dominaba todos nuestros ataques, ve el inmenso reflujo que la brigada de Drouin efectúa en el llano, y envía allá en masa toda su caballería. Este choque, terrible para batallones bisonños, los corta, disemina y hace retroceder en grupos desparramados hasta su primera línea.

Iba á sufrir quizá la misma suerté el centro; arrastrado cada vez mas por aquel torrente de desorden y confusion, cuando el duque de Chartres, que combatía en vanguardia, se vuelve y ve á la izquierda aquella derrota de sus batallones. Al momento, volviendo la cabeza de su caballo, herido ya en las ancas por un casco de granada, corre con el sable en la mano, seguido de su hermano, el duque de Montpensier, de la mas joven de las hermanas Fernig, y un grupo de sus ayudantes de campo á través de los husares enemigos. Atraviesa el llano, abriéndose paso á pistoletazos, llega á lo mas encarnizado de la pelea, por medio de los grupos de las brigadas que se retiraban. La voz del joven general, el entusias-

mo de la victoria que manifiestan las fisonomías de los pocos que le acompañan, la vergüenza que experimentan los soldados intimidados, al ver una jóven de diez y seis años, llevando la brida con los dientes y una pistola en la mano, recriminarles por haber huido ante los peligros, que ella arrostra, la pólvora y la sangre que cubren el rostro del duque de Montpensier, las súplicas de los oficiales que corren con espada en mano detrás de sus compañías, desaliando á sus soldados y diciéndolos que solo sobre su cuerpo podrán pasar, suspenden la derrota y fijan en torno del estado mayor del jóven príncipe, un núcleo de voluntarios de todos los batallones. Los arregla apresuradamente, los anima y los lleva consigo. «Os llamareis, les dice, el batallón de Jemmapes, y mañana el batallón de la victoria, porque vosotros la poseéis en vuestras filas.»

Formando pabellón, hace colocar en medio de este cuerpo las cinco banderas de los cinco batallones cuyos despojos reúne esta columna; la lleva consigo en medio de los gritos de *Viva la república!* y la sostiene, al atravesar de nuevo la llanura, con una carga de caballería del centro contra los escuadrones austriacos. El batallón de Jemmapes, aumentado en su tránsito por los destacamentos de las brigadas dispersas, se acerca con la impetuosidad de la venganza á los atrincheramientos que escala sobre los cuerpos de los heridos y moribundos. Hasta la caballería, superando las dificultades del terreno, se precipita sobre los reductos muriendo todos los artilleros austriacos al pie de sus piezas. En la proximidad de las baterías está el terreno resbaladizo con la sangre de los hombres y de los caballos, y marca los escalones de cadáveres, los diferentes órdenes de reductos. Los húngaros, cruzando la bayoneta con los voluntarios, oponen una muralla de hierro detrás de cada muralla de fuego, los hombres formados que suben, apenas bastan para reemplazar en las filas, los derribados por las

descargas de los reductos. El duque de Chartres y su columna, ya no avanzan un paso, van de nuevo á verse obligados á retroceder á la llanura, cuando el general Ferrand, saliendo al fin de Jemmapes, que había tomado, se adelanta á la cabeza de seis mil hombres y de ocho piezas de artillería, y estrecha á los austriacos entre dos fuegos.

A las primeras descargas sobre sus batallones flanqueados, los generales austriacos hacen replugar lentamente sus tropas, abandonando al duque de Chartres y á Ferrand las alturas y los reductos de Jemmapes. A este movimiento de los enemigos, el duque de Chartres y el general Ferrand reunidos, envían su infantería ligera y su caballería sobre la retaguardia de los austriacos. Comprometida esta ala del ejército enemigo, no tiene tiempo de reunirse al cuerpo principal, se precipita al pie de la colina, detrás de Jemmapes, bajo el fuego, el sable y la bayoneta de los franceses. Parte de la infantería consigue evadirse abandonando sus armas y dejando los prisioneros y muertos: la caballería austriaca lanzada al galope en los barrancos que hay al pié de la colina se precipita al río Haisne, encajonado, profundo y rápido en medio de aquellos pantanos. Cuatrocientos ó quinientos hombres y mas de ochocientos caballos quedaron allí hundidos, haciendo esfuerzos por atravesarlo; las orillas escarpadas y fangosas de aquel torrente rechazan los pies de los caballos y las manos de los hombres, que se apoyan en ellas para subir á la otra orilla. El río, crecido con las lluvias de otoño, arrastra cadáveres de hombres y caballos, dejándolos una legua mas abajo en el fango y entre los juecos de aquel lodazal. Ferrand envió al momento al general Thuvénot á informar á Dumouriez de las ventajas de su ala izquierda; el duque de Chartres le envió á su hermano, el duque de Montpensier, para decir al general en jefe, que el combate estaba restablecido y apagados los fuegos de los reductos en el centro.